

que nunca me ha parecido mas halagüeña la perfecta tranquilidad del desierto.

Poco despues nos retiramos, pero antes de partir supimos que los predicadores habian reunido una colecta *satisfactoria* para biblias, egemplos y *demas propósitos religiosos*.



CAPITULO XVI.

Peligro de las excursiones campestres.—Enfermedad.



No es fácil disfrutar de las bellezas de la perspectiva de América en los climas occidentales, aun cuando se viva en medio de los paisajes que mas ofrecen que admirar; por lo menos, al abandonarse á la curiosidad se arriesga mucho la salud. Excepto el exponerse al relente por la noche, nada es mas perjudicial que exponerse al calor del mediodia, y los momentos de *entre-luz* son tan cortos, que saliendo para cualquiera parte cuando comienza á refrescar, apenas se puede andar media milla antes que el sol se ponga, y la prudencia aconseja el retirarse mas que de priesa para no cojer un *frio*.

Me se figura que nosotros arrostramos esos peligros mas que los habitantes del pais, y si no lo hubieramos hecho asi, hubieramos salido de Los-Cincinnati sin ver sus alrededores.

Aunque nos mantuvimos siempre firmes en

nuestra resolucion de no disfrutar mas horas *silvanas* en los bosques del Ohio, no dejamos de pasar dias enteros en el Quentuqui, trazando el curso de un arroyo ó trepando á los puntos mas elevados con la esperanza de descubrir alguna perspectiva lejana. Una vista del Ohio ó los senos sombríos del hermoso Licking eran siempre los rasgos mas notables del paisage.

Habia sin embargo un sitio tan hermoso que no nos cansábamos de visitarlo, aunque no estaba libre de mosquitos; pero hallándose situado sobre la orilla de un riachuelo y habiendo en él enormes troncos tendidos en el terreno á medio desmontar que lo rodeaba, era precisamente el lugar mas peligroso y al que nos habian aconsejado mas de cien veces no volver. Con todo nosotros lo arrostrábamos todo por comer junto á la orilla de nuestro hermoso riachuelo, y contemplar los rayos del sol que ondeaban en su musgosa márgen, á tanta distancia de nuestro retiro que no nos alcanzaba su calor. Poco mas abajo de la fuente en que se enfriaba nuestro vino, habia una cascada de bastante elevacion para darnos música con la caída de sus aguas, y el licor puro y brillante de un raudal que se purifica precipitándose por breñas y peñascos.

Una de mis mayores delicias era sentarme

junto á aquella miniatura de cascada, y leer ó pasar el dia divirtiendo el pensamiento.

A la verdad era un hecho constante para nuestra mortificacion que siempre que descubriamos un recinto pintoresco, donde el césped y la grama, y sombra espesa, y un cristalino arroyo, y árboles caídos, magestuosos aun en sus ruinas, nos tentaban á gozar de su frescura y belleza, no dejaba de ser un sitio señalado con la terrible nota de malsano.

Tambien contabamos entre nuestras diversiones favoritas la de embarcarnos y bogar en las aguas del Ohio; aunque chocaba tanto esta clase de diversion en el pais que solian darnos sendos gritos desde las orillas los ilustrados republicanos, como si fuéramos unos monstruos.

No vimos que los habitantes del pais tuvieran otro deleite en el campo que el de comer fresas y nata en un jardin mui bonito situado á cosa de tres millas de la poblacion: allí se solian ver á menudo tres ó cuatro carruages, extremo de disipacion que no se encontraba en ninguna otra parte. Las fresas podian recibirse por fresas; mas la nata era peor que legía y costaba medio peso por persona, que, siendo el precio de media res, me pareció « mui considerablemente mucho, » si me es lícito servirme de una locucion expresiva del pais.

Repetidas veces nos habian dicho los que conocian el clima que el *segundo verano* se miraba como la gran prueba que tenia que pasar la salud de los Europeos establecidos en América; mas ya estábamos nosotros á la mitad del segundo agosto, y excepto la fiebre de uno de mis hijos, no habiamos experimentado la mas leve alteración en nuestra salud. Con todo yo fuí la víctima marcada para justificar la verdad de aquella prediccion, y antes de acabarse el mes caí á los piés del monstruo que reina entre los lagos y los rios del pais, y recorre todo su suelo cubriéndolo de fiebre y muerte con su aliento. Nueve semanas se pasaron sin que pudiera salir de mi habitacion, y mas parecia que iba al campo de Potter (Potter's Field), como llaman el cementerio de los Ingleses, que á ninguna otra parte.

La convalecencia me fué mas molesta que la misma enfermedad, pues mi salud tardó mucho tiempo en restablecerse, y en el ínterin sufrí en todos mis miembros los efectos de la fiebre. Como aun despues de haberme declarado convaleciente, permanecí en la cama algunas semanas obligada á leer para entrete-ner el tiempo, me procuraron varias novelas americanas. La de « Francisco Berrian » de Mr. Flint es excelente; un poco salvaje y exagerada, pero con escenas de interes y sen-

timientos del primer órden. « Hope Leslie » y « Redwood, » romances escritos por miss Sedgwick, señorita americana, tienen mucho mérito. Entonces leí por primera vez todas las novelas de Mr. Cooper; y al acabar de recorrer todas esas producciones del ingenio americano, me era imposible cerrar los ojos, sin ver alrededor de mí centenares de cráneossangrientos despojados de sus cabelleras; Indios rojos altos y enjutos que silenciosamente venian á sorprenderme; oía himplar panteras, veía arder selvas, y donde quiera que huyese, me perseguía una planta veloz, ó me esperaban los ojos penetrantes de un salvaje y su larga escopeta. Apenas podia desterrar de mi cerebro tales aventuras de sangre y ferocidad con una onza mas de calomel: lo único que me causó mucho alivio fué la mudanza de lectura. Me dieron el consejo de entregarme exclusivamente á la de novelas *elegantes*; pero como no se hallaba mi cabeza mui despejada, solia mezclar de una manera extraña los pícaros y asesinos de Bulwer con los feroces salvajes de Mr. Cooper, hombres, mugeres y niños, confusion que mé hacia pasar mui malos ratos entre unos y otros en mis momentos de desvarío.

No me levantaba todavía, ni mis fuerzas me dejaban sentar derecha. ¿Qué podia leer sin peligro para divertirme? Ocurrióseme la idea

feliz de empezar con Waverley y continuar (aunque no por la primera vez) con toda la serie que lo sigue. En efecto al punto me encontré en un mundo nuevo : parecia que el vigor natural y sano de cada página comunicaba á mis nervios un grado mas de fuerza; mi languidez desaparecia por momentos; cesó mi disposicion asombradiza, y á pesar de estar baldada, gozaba todos los placeres de la imaginacion; pero ese tiempo fué mas corto de lo que puede creer quien no sepa los volúmenes que devora la constante lectura de un dia larguísimo de ocio. Sin embargo cuando acabé con el remedio, tuve el placer de andar una media docena de varas, y de poder tomar el aire en un carruage abierto, y lo que es mejor, dormir tranquilamente.

No fué mui agradable la noticia que tuve al salir de mi convalecencia de que nuestro proyecto de colocar en Cincinatos á mi hijo no tendria efecto; pero fué mas triste el verlo atacado mui poco despues de la fiebre biliosa del pais que ya habia tenido, y que en esta segunda ocasion se convirtió en calenturas intermitentes. Yo no habia visto sus efectos hasta entonces, y así sufrí como una desdichada por lo que miraban los demas como de ninguna consecuencia.

Yo creo que esta terrible enfermedad no

amenaza con un peligro inmediato; mas nadie me hará creer que la pérdida súbita y violenta de fuerzas, las horrorosas convulsiones que desconciertan los miembros, y la sombra lívida que cubre toda la piel, son síntomas que puedan acometernos sin conmovier el cimiento de la salud y de la vida. Creimos muchas veces que la enfermedad estaba ya curada, y el pobre paciente lo creia tambien y empezaba á contar con la salud y la robustez; mas volvía á caer, y sus recaídas fueron tan frecuentes que se declaró víctima de una disposicion enfermiza. Yo misma me sentia mui endeble, y así no tardamos en resolernos á salir de Los-Cincinatos. La única circunstancia que se oponia á nuestra determinacion era el temor de que Mr. Trollope que debia unirse con nosotros á la primavera, podia haber salido y llegar á Cincinatos, cuando ya no estuviésemos allí. Sin embargo, como segun nos habia dicho, no debia embarcarse hasta fines de la estacion, me decidí á correr el riesgo, aunque por otra parte el invierno se habia presentado con mucha severidad, y los vapores no andaban por estar helado el rio. El hielo no se rompió en todo el mes de febrero, y aguardabamos con impaciencia su partida mirándola como la señal de la nuestra.

La quiebra del hielo en el Licking y el Ohio

nos dió un espectáculo curiosísimo. Por la noche presentaba el río una superficie sólida de hielo, y por la mañana se veía una multitud de carámbanos flotantes de todos los tamaños y formas imaginables, que haciendo remolinos se chocaban con espantosa violencia y con un ruido que á nada puedo comparar.

Saludamos con mayor júbilo aquella perspectiva, porque nos daba esperanzas de nuestra navegacion inmediata, pero me abatió mucho el oír que uno ú dos vapores cansados de aguardar querían salir por la mañana. La idea de chocar á cada paso con aquellas islas flotantes debía asustar á cualquiera, y además me dijeron muchas personas que mis temores no eran infundados, y que habian sucedido varias desgracias, añadiendo que las masas de hielo que bajaban del río Miami, por cuya embocadura teníamos que pasar, podían detener nuestra marcha; en una palabra, esperamos con paciencia y prudencia, hasta que los prácticos en tales materias nos aseguraron que podíamos embarcarnos sin peligro.



CAPITULO XVII.

Partida de Los-Cincinnati.—Sociedad del vapor.—Llegada á Wheeling.—Un ingenio.



Salimos de Los-Cincinnati á principios de marzo de 1830, y en mi opinion no habia uno solo en nuestra reunion que no experimentara un sentimiento de placer al embarcarse. Habiamos visto repetidas veces todas las extrañas variedades del pequeño mundo que formaba su sociedad, y nos habiamos divertido con su engreimiento, sus gustos y su tono, hasta que habian cesado de divertirnos. No habia loma, colina ó alto sano, breña ó roca, á donde no nos hubiesemos encaramado; no habia bosque ni maleza, cuyo sendero no hubiesemos trillado; así que nada dejamos en Cincinnati que sintiesemos haber perdido, exceptuando dos ó tres personas con cabezas y corazones que no pertenecen exclusivamente á pais ninguno, sino que se encuentran esparcidos en el universo